

# Mi mamá me mimaba (Spanish Edition)

Pages: 239

Publisher: Liber Factory; 1 edition (October 29, 2015)

Format: pdf, epub

Language: Spanish

---

[ [DOWNLOAD FULL EBOOK PDF](#) ]

---

Mi mamá me mimaba Juan José Isac Mi mamá me mimaba Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático. © 2015 Mi mamá me mimaba Juan José Isac © 2015 Editorial: Liber Factory C./ San Ildefonso nº 17 28012 Madrid. España Web: [www.liberfactory.com](http://www.liberfactory.com) Tel: 0034 91 3117696 ISBN Ebook: 978-84-9949-816-4 Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas. Disponible en préstamo, en formato electrónico, en [www.bibliotecavisionnet.com](http://www.bibliotecavisionnet.com) Disponible en papel y ebook [www.vnetlibrerias.com](http://www.vnetlibrerias.com) [www.terrabooks.com](http://www.terrabooks.com) Pedidos a: [pedidos@visionnet.es](mailto:pedidos@visionnet.es) Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a: [subscripcion@visionnet.es](mailto:subscripcion@visionnet.es) *Fui un niño más o menos normal. Bobalicón y feliz, bastante mimado, pero no hay en mi infancia nada especial que precisara ser contado. Entonces, ¿Por qué escribir sobre ella? ¿Por qué tendría nadie algún interés en conocerla? Cada uno tiene sus propios recuerdos, sus primeras emociones, sus primeras veces. No creo que nadie esté muy interesado por las mías, salvo, tal vez, los más allegados, o sea vosotros, de igual manera que me sería bastante tostón leer la infancia de nadie salvo la de estos mismos allegados, o la de alguien ajeno y excepcional, del que tuviera curiosidad en saber cómo era ese niño que llegó a ser excepcional, si él lo quisiera contar. Así que escribo mis recuerdos porque me gusta escribir y me gusta recordar, pero tal vez tenga menos sentido que les dé formato libro y pretenda que alguien se interese por ellas y dedique algunas horas a conocer de las andanzas de un niño bobalicón y feliz cuyas hazañas, ni de pequeño ni de grande, pasarán nunca a los libros de historia. Pero luego pensé en mamá, y decidí que este podría ser mi pequeño homenaje a quien tanto nos quiso. Al menos de esta forma unos pocos de mis íntimos y alguno menos de los suyos sabrán algo de lo que hizo y de lo que fue esta, a su manera, excepcional persona. Tenía tan poquísima familia que, si no es por esta breve contribución, su recuerdo se perdería para siempre, y aun así es probable que también ocurra, de tan corto recorrido que supongo acabará tendiendo este relato. Pero será suficiente con que tenga algunos lectores, pues al menos esa débil llamita estará encendida en algún sitio. Así que estas páginas no son otra cosa que el álbum de fotos que enseña ese familiar o amigo un poco pelmazo, no para sorprender ni interesar (con frecuencia ocurre todo lo contrario) sino con la simple intención de mostrar en un fugaz momento un instante de su vida, nada especial que hubiera de llegar más lejos que la mesita del salón donde se hojean. Son los recuerdos de mi infancia, mucho para mí, pero simplemente eso. He querido contarlos tal y como salen de la mente del niño que los trae, sin ínfulas literarias ni pretensiones narrativas, como las de un niño que de viva voz cuenta atropelladamente lo que le acaba de suceder. Y seguro que mucho de lo que cuenta no sucedió así realmente, sino que la memoria con el tiempo lo habrá retocado a su manera. Pero al menos sí que es tal y como lo recuerdo. Esto es lo que recuerdo de mi infancia. Seguro que se parece en bastantes cosas a la vuestra. ¿Por qué iba a ser de otro modo? A lo mejor con esto os animo a que recordéis sobre la vuestra y me la hagáis llegar. Es una experiencia muy grata. A veces duele un poco, pero creo que vale la pena. **HabÁ-a una vez un barquito chiquitito** Dicen que antes de los dos años no podemos tener recuerdos. Al parecer, la*

zona del cerebro donde se almacenan los recuerdos no se halla aún lo suficientemente madura para conservar las primeras vivencias, así que la canción del barquito chiquitito bien pudo ser un recuerdo posterior que se trasladó furtivamente a esos años sin memoria. Esto sí puede ocurrir. Los recuerdos a veces tienen vida propia y se mueven hacia a otros lugares de nuestra vida, incluso se adentran de un modo equivocado en aquellos momentos en que sentimos todo por vez primera y que por causa de un hipocampo a medio formar, nunca quedará constancia. De modo que aquel viaje por un río interior surcado de laberintos puede que no tenga nada que ver con mi salida al mundo. *Había una vez un barquito chiquitito. Había una vez un barquito chiquitito que no podía que no quería que no podía navegar oé oé, y si esta historia les parece corta la volveremos volveremos a contar oé oéee...* También recuerdo los pezones grandes de mamá, y un barreño grande donde nos lavaba. Dice mamá que yo metía el pie en una cacerola que encajaba perfectamente, y que así calzado de tan original manera me recorría la terraza entera una y otra vez para delicia de los vecinos de abajo. Recuerdo estar mucho en los brazos de mamá, sentada en el bordillo de la terraza. Mamá dice que no siempre vivimos en el quinto piso y con esa inmensa terraza, sino que antes vivíamos en el tercero, e un piso algo más grande pero sin apenas luz. Nos cambiamos a un piso más pequeño para que nos diera la luz del sol. Mamá pensaba que a luz del sol era vitamina pura, proteína a raudales que llegaba del cielo gratis y que bien merecía pagar por ello unos metros de piso a cambio. Decía mamá que Petrita, la vecina de terraza, estaba entusiasmada con el cambio. Ella no tanto, pero con el tiempo se fue haciendo a la pequeña casa con la gran terraza y allí pasó la mayor parte de su vida, los últimos años sin apenas salir, pero contenta con su casa. Su casa y sus dos hijos lo fueron todo en su vida, y ella estuvo siempre muy feliz con los tres. Uno de mis primeros recuerdos es el de un escaparate de una joyería o relojería del barrio de la concepción en donde se mostraban unas preciosas carrozas plateadas en miniatura. No se si tendrían algún valor o eran pura quincalla, la joyería o relojería estaba en una calle de escasos comercios en un barrio de clase media tirando a humilde, pero para mí aquellas carrozas eran puro deleite, un gran tesoro. Me quedaba embelesado mirándolas, cada vez que mamá nos llevaba por allí, el barrio de la concepción, no recuerdo para qué, era una zona que estaba a media hora de nuestra casa, según andares de niño. Tal vez solo quería pasear. Ni a mí ni a Toñín nos gustaba nada pasear, pero en cambio sí que disfrutaba cuando mamá enfilaba por aquella calle ajardinada sin apenas comercios donde estaba aquella joyería o relojería y aquel tesoro mágico de las carrocitas plateadas en el escaparate. Con seguridad que se la pediría a mamá, claro, pero ella nunca me compró ninguna, serían caras, así que siempre en el escaparate. Mucho mejor, de tenerlas no sería un bonito recuerdo, ni las recordaría ahora tan nítidas y pulidas, tan misteriosas. Sin embargo no asocio ninguna canción a aquellos paseos mágicos. Algo más tarde sí recuerdo los paseos por el quinto pino, a través de la vaguada, y Esperanza, esperanza solo sabes bailar chachachá. La Vaguada es hoy el complejo deportivo de La Concepción, y el quinto pino era Arturo Soria, por aquella época llena de pinos –por eso lo llamábamos así, sería cosa de mamá- y merenderos donde la familia podía sentarse con los bocadillos traídos de casa y pedir solo la gaseosa. No sé qué época fue aquella, pero sonaba mucho en las radios la canción de la que no es mala lo parece algunas veces, y la que es mala, no lo parece. Esperanza, Esperanza tan graciosa pero no eres buena, la recuerdo de noche, así que sería a la vuelta de nuestra excursión por el quinto pino, verano entonces. Y a pesar de que durante el paseo de vuelta olía a pimientos fritos y a tortilla de patatas con cebolla, no recuerdo si merendábamos o simplemente íbamos y volvíamos del quinto pino y el olor a tortilla de patatas con cebolla y pimientos salía de las ventanas de las cocinas de las casas por donde paseábamos. A mamá le gustaba mucho pasear por allí. A nosotros no tanto, ni por allí ni por ningún sitio. **Por el camino verde que va a la ermita** Desde nuestra habitación se veía el cementerio de la Almudena y, sobre todo, aquella iglesia o capilla cuya curiosa forma ovalada se imponía siempre sobre el resto del paisaje que asomaba desde la ventana. También, mucho más al fondo, se veía el Cerro de los Ángeles, pero de eso nos enteramos mucho después, una vez que nos lo señaló papá, y no siempre acertábamos a distinguirlo de tan lejos como estaba, aunque nos fascinaba saber que ese montículo que a veces distinguíamos y a veces no, era nada menos que el centro geográfico de España, como papá decía con cierto orgullo, como si una casa con vistas al cerro de los Ángeles fuera una casa más...eso,

más casa. La verdad es que nuestra casa estaba lejos. Fuera de Madrid, en sentido literal. Madrid acababa por el este en la plaza de toros, y a partir de allí era el extrarradio. En puridad notarial, nuestra casa estaba en el pueblo de Vicálvaro, provincia de Madrid. Así consta en nuestra partida de nacimiento. En puridad, pues, somos paletos de nacimiento. Hoy la misma casa está en pleno corazón de Madrid, Alcalá 334, pero entonces Madrid capital acababa en la plaza de toros, y a partir de allí, había que coger el tranvía que iba a las afueras, a la Ciudad Lineal, para llegar a casa. Bueno, pero al menos se veía el Cerro de los Ángeles. Pero lo que más destacaba desde la ventana de nuestra habitación era la misteriosa capilla del cementerio de la Almudena, hacia la cual se dirigía un camino verde, camino verde, que va a la ermita. Hoy desde la ventana al cementerio no hay otra cosa que un amasijo continuo de casas bajas, pero cuando yo tenía tres o cuatro años era un camino más o menos nítido y despejado que llevaba desde nuestro barrio al cementerio, porque el camino verde camino verde que va a la ermita siempre fue para mí aquel que desembocaba en la enigmática iglesia. Las fuentes se han secado, las azucenas están marchitas, el cementerio era un lugar triste y el camino verde que va a la ermita era una canción triste. A pesar de la tristeza de la canción y de la vista del cementerio, me gustaban ambos, me gustaba la canción y me intrigaba el cementerio. Hoy he vuelto a pasar por el camino verde que por el valle se pierde. Nunca habíamos ido al cementerio. El camino verde de la canción y el que se vía desde la habitación era como una invitación a llegar hasta la misteriosa capilla, y recuerdo que les pedíamos a menudo a papá y a mamá que nos llevaran al cementerio, sobre todo a papá, que era el que tenía la última palabra en todo, con su seriedad y su esporádica presencia. Yo era pesado con el camino verde, pero Toñín lo era mucho más. En el caso de Toñín era una verdadera obsesión, tanto como lo fuera en su momento Legazpi, estación de metro cuya nombre le intrigaba muchísimo, más todavía que el cementerio. El camino verde que va a la ermita era también más obsesión suya que mía, el caso es que los dos estábamos siempre dando la murga con lo del cementerio. Pero papá y mamá nunca nos llevaban. Habría otros muchos sitios interesantes para llevar a los niños. Pero una tarde llegó papá y dijo que nos íbamos al cementerio. No recuerdo cómo lo dijo, porque llegó cuando estábamos acostados, sería la siesta, y yo me hice el dormido. Porqué me hacía el dormido no lo sé, pero lo hacía muchas veces, cuando mamá se asomaba con sigilo por la puerta de la habitación a ver si estábamos durmiendo. Tal vez sería por el tema de la cotorra. El caso es que aquella vez, la única vez que papá accedió a llevarnos al cementerio, yo me hice el dormido. Esto es algo que me ha pasado después alguna otra vez en la vida. Hacerme el dormido y perder oportunidades, pero aquella es la primera que recuerdo con absoluta nitidez, papá y mamá cuchicheaban en voz baja, diciendo algo así como que qué pena, tan dormidito, no le despiertes. De modo que Toñín, que también se haría el dormido pero tenía menos facultades, sí se "despertó" a tiempo y gracias a ello se lo llevaron por fin al cementerio. Yo, después de mi excelente jugada de gran astucia, me quedé mirando la ventana, despierto ya, consciente de mi error y triste por la ocasión perdida de haber ido al cementerio por el camino verde que por el valle se pierde. Lo sé porque mamá se quedó conmigo y cuando me lo dijo me enfadé muchísimo, no sé contra quién, no recuerdo si tenía ya capacidad para asumir mis errores, pero sí recuerdo la tristeza con la que miraba la ventana y el berrinche por la ocasión perdida.. Hoy he vuelto a pasar por aquel camino verde. Nunca fui al cementerio. Mucho después, ya de mayor, entré en él, perdido el misterio. Ya había muchas casas de por medio. Y fui en mi coche, por una calle asfaltada. De camino verde, nada. El camino verde camino verde que va a la ermita nunca me llevó al cementerio. Y también acabamos yendo finalmente a Legazpi, esta vez los tres, con mamá, en el metro. Era un día lluvioso y plomizo. Legazpi era una plaza fea y anónima llena de camiones. No estuvimos mucho tiempo. En seguida nos volvimos, había poco que ver. Toñín vio colmadas por fin sus ansias de conocer Legazpi y dio por finalizada aquel día su perra. Nunca volvimos a Legazpi, ni a hablar de Legazpi. **¡Zap! ¡titos Lilán!** *A mi burro a mi burro le duelen las patitas y el médico le manda ¡zapatitos Lilán!* El día de la madre era entonces el ocho de diciembre, con las navidades encima, y los niños hacíamos para ella un burrito o caballito de tiras de plástico. Cada año tocaba una manualidad distinta, y ése era el año del caballo, o del burrito. No recuerdo qué tal quedó mi montura aquel año, pero sí recuerdo como si la estuviera cantando hoy mismo el entusiasmo que todos los niños nos poníamos al cantar esa cancioncilla infantil en la que a mi burro a mi burro le

dolían un montón de cosas y el médico le mandaba sucesivamente otro montón de remedios cuya letanía desgranábamos con un entusiasmo gozosamente contenido porque al final del recetario llegaba el punto fuerte de la canción: ¡zapátitos Lilán!, ¡zapátitos Lilán! que gritábamos a pleno pulmón. Recuerdo la clase y recuerdo a la señorita María Jesús, mucho más joven y agradable que la señorita Victoria, apuntándonos la letra que escribía en la pizarra para que no olvidáramos ninguno de los remedios previos que el médico le prescribía a mi burro antes de llegar al momento cumbre de la canción, aquél en que por fin se descifraba el remedio infalible y definitivo que los niños gritábamos más que cantábamos, porque entonces ya sí nos era permitido gritar con todas nuestras fuerzas lo que con las anteriores prescripciones habíamos de susurrar con ánimo contenido, lo que obedecíamos de buen grado y con interno regocijo porque al final esperaban siempre los eufóricos berridos de los ¡zapátitos Lilán! ¡zapátitos Lilán! *De este modo a mi burro a mi burro le duele la cabeza y el médico le manda jarabe de cereza, a mi burro a mi burro le duelen las orejas y el médico le manda...* ; La señorita María Jesús era más simpática que la señorita Victoria porque la señorita María Jesús estaba con los párvulos y en cambio la señorita Victoria no solo estaba con todos los niños, párvulos y adultos, sino que era la directora y dueña del colegio, ella y su marido don José, algo más simpático y condescendiente, según le pillaras. La señorita Victoria era muy de derechas, falangista de camisa vieja, hablaba de Franco y de José Antonio con devoción, y un niño en particular le caía muy mal porque sus padres eran rojos y no cesaba de recriminárselo cada vez que Macarro salía a dar la lección, hasta juntaba los ojos y hacía guiños de asco, poniéndole verde cuando le llamaba rojo, valga la paradoja, a Macarro. Para colmo, la señorita Victoria daba matemáticas, y con ella cantábamos la tabla de multiplicar, especialmente la temida tabla del siete, por supuesto que sin tanto entusiasmo como con cuando cantábamos lo de los zapaticos Lilán. Don José también era de derechas pero se le notaba menos, era más consentidor y hasta gastaba bromas con los niños. Se lo pasaba mejor con ellos. La señorita Victoria no es que fuera mala profesora y también le gustaba dar clases, pero era muy inflexible, y con los rojos no tenía miramientos, si bien nunca pasaba de las recriminaciones, tal vez algún castigo, eso no lo recuerdo bien, pero al menos no los expulsaba ni los denunciaba y mal que bien acababan los cursos con los rojos a cuestas. A aquel niño se limitaba a llamarle rojo con gesto de odio y asco y así fueron pasando los cursos, desde párvulos hasta Ingreso. A nosotros nos trataba bien. A mi especialmente me tenía un poco enchufado, no tanto como a Tito Mora ni como a De Vicenti, pero sí algo enchufado, tal vez porque entré al colegio con tres años para acompañar a Toñín y asistía a clase con chupete y me quedaba dormido, según contaba mamá, y eso a la señorita Victoria la divertía mucho, o tal vez porque la señorita Victoria decía que mamá nos llevaba a los dos niños siempre muy limpios. A mamá la trataba muy bien y todo eran sonrisas cuando llegaba a media mañana con los bollos de nuestro desayuno. Siempre la recuerdo muy melosa y zalamera con mamá, no digamos con papá, las pocas veces que acudía al colegio. Tal vez como papá sí era muy de derechas y esas cosas se notan o papá las haría de notar, la relación entonces sería por eso muy buena. La señorita María Jesús era otra cosa. Con ella cantábamos y hacíamos manualidades. Era joven y siempre estaba contenta, pero no recuerdo su cara, solo sus manos marcando el ritmo que debía llevar la letanía de los remedios para las dolencias de mi burro, que olvidábamos con frecuencia porque el listado crecía y crecía y se hacía divertidamente largo. Pero el final no era preciso apuntarlo en absoluto. Lo teníamos perfectamente aprendido. ¡Zapátitos Lilán! ¡Zapátitos Lilán!

**Hatari** La primera canción que me gustó de verdad era la de Hatari, la de la película. Las otras las recuerdo con nostalgia y agrado, pero están más ligadas a situaciones y lugares. Hatari, la de la película, fue la primera canción de mi vida que me gustaba por sí misma. “¿La canción que más me gusta? Hatari, por supuesto”, le decía a Toñín cuando hablábamos de canciones. La suya era por aquél entonces la del camino verde que va a la ermita. Yo tendría cuatro o cinco años, y él, por tanto seis o siete. A mí me gustaba la de Hatari, y durante muchos años creí que la canción de Hatari era la canción principal de la película, una en la que John Wayne hacía de cazador o de cuidador de animales en África, y salían en ella todo tipo de animales salvajes, elefantes, leones, jirafas, monos y sobre todo rinocerontes, la captura a lazo de uno de los cuales constituía una de las escenas cumbres de la película. Muchos años después volví a ver la película de Hatari, de la que no recordaba apenas nada, salvo lo del rinoceronte y el lazo, y entonces descubrí que la canción de

Hatari, mi canción favorita de la infancia, no se oía en absoluto en ninguna parte de la película, ni al principio anunciando los protagonistas ni al final con los títulos de crédito ni en ninguna de las escenas. Esto es algo que me ha pasado varias veces en la vida con mis canciones favoritas. Siempre creí que "Si yo tuviera un martillo" era la primera canción de los Beatles y con la que comenzó la Beatlemania, y hace muy poco estaba convencido de que "Kiss me" era de Cranberries. "Hatari", mi canción de la infancia, la canción que con orgullo anunciaba como mi primera elección a los otros niños cuando salían a relucir las canciones favoritas, no era de "Hatari". Papá decía que era música sincopada, cuando se la canturreaba para ver si reconocía la canción, y aún hoy no sé qué quería decir con aquello de música sincopada, que relacionaba con música instrumental y de algún modo electrónica, aunque aún estamos a principios de los sesenta. Como mi padre tenía un hijo mayor que era ingeniero electrónico, yo suponía que tenía muy claro a lo que se refería con lo de la música sincopada, pero nunca tuve el disco ni la volví a escuchar, a pesar de que aún puedo tatararla perfectamente: -Ta tíiiii, tirorirorarii, Ta tíiiii, tirorirorarii, ta ti to ti tiroriró tiroriró tiroriró. Tiroriro, tiroriroro, tiroriro, tiroriroro, tirorio, tiroriororiiiii, y vuelta Ta tíiiiiiii, etc. Está clarísimo. Hace poco había creído resolver el enigma cuando creí haber identificado mi canción de Hatari: Era "Telstar" de los Shadows. Se parecen mucho, pero no es la misma. Mi canción de Hatari es un poco más nerviosa, más acuciante. Además es anterior. No es Telstar, aunque Telstar está muy bien y tiene un poso endiabladamente nostálgico. Pero mi Hatari no era Telstar. Mi Hatari era...pues eso, música sincopada. **LĀ<sup>3</sup>litĀ;** Lolita era una niña del barrio de la que estaba enamorado todo el mundo. Era rubia y explosiva, todo lo explosiva que podía ser una niña de cinco o seis años a los ojos de otros niños de la misma edad, pero lo cierto es que Lolita arrasaba y arrastraba a las masas literalmente, porque el camino que hacía Lolita del colegio a su casa unos cientos de metros más abajo, junto al parque, lo hacía seguido de una troupe de entusiastas admiradores. Luego vino Marisol, que arrastraba esas mismas masas infantiles a nivel nacional y en la pantalla, pero Lolita estaba mucho antes, tal vez un par de años antes, y era nuestra heroína local. Por aquel entonces el Dúo Dinámico sonaba mucho en la radio con su Lólitá, así, con el doble acento en la ó y en la á, y de ese modo la Lólitá de Ramón Arcusa y Manuel de la Calva era nuestra *lolitá tu tienes una forma de bailar que me fascina. Lolitá, contigo yo quisiera tuistear toda la vida, Lolitá, Lolitá, mi amooooor.*; Nuestra Lolita no bailaba ni tuisteara, se limitaba a ir del colegio a casa seguida por su troupe habitual de admiradores. Yo creo que jamás intercambié una sola palabra con ella. Muchos de los que seguían a Lolita tampoco lo consiguieron, y supongo también que bastantes de ellos no estaban enamorados realmente de Lolita sino que era la niña de moda y se dejaban llevar por la opinión de las masas, en este caso las masas infantiles. La verdad es que no recuerdo las facciones de Lolita, salvo una niña rubia de cara redonda y cierto desparpajo, o la del desparpajo fue Marisol, que la desbancó en seguida. Lólitá, Lólitá, mi amooooooooor. **PorompompĀ<sup>3</sup>** El Porompompero sigue sonando hoy en día, y al igual que dicen que Yesterday no ha dejado de sonar en alguna radio del mundo desde el día en que se escuchó por primera vez, asimismo el Porompopero no habrá dejado de sonar desde entonces en España en radios, fiestas o saraos, pero yo lo escuché por primera vez en una fiesta del colegio Santa María interpretada por un niño andaluz con mucho salero y desparpajo, Manuel Espejo, que además formaba dúo con Alfonso Reyes, un niño alto y desgarbado de un curso superior con el que formaba un equipo perfecto, pues Espejo era bajito y animoso y Reyes más retraído y reservado. Reyes tocaba las palmas y Espejo cantaba. Además hacían teatro y en los festejos infantiles siempre salían a cantar o a interpretar algo, y lo hacían muy bien. Reyes y Espejo formaban un tándem perfecto en su asimetría, y todos los niños pensábamos que aquella pareja tendría un gran futuro artístico, porque tanto cantando como actuando se les veía muchas tablas, como si lo tuvieran ensayado o arrastraran una larga trayectoria artística, aunque solo eran niños de una clase superior, y ninguno habíamos hecho aún el ingreso. Yo tendría unos seis años. Eran malos estudiantes, sobre todo Reyes, pero en las fiestas del colegio eran los reyes del escenario, valga la redundancia. No volví a saber nada de ellos, y que yo sepa no se hicieron famosos ni hicieron carrera como artistas, pero siempre que escucho el porompompero en sus infinitas formas y versiones me acuerdo de la primera, la original, la de Manuel Espejo cantando y Alfonso Reyes tocando las palmas. A Manuel Espejo le recuerdo, casi más que cantando el porompompero,

comiéndose una cigala. En mi casa entraban a veces gambas pero nunca otro marisco. La primera vez que vi a alguien comerse una cigala fue a Manuel Espejo, y lo hacía con mucha dedicación. Casi siempre que como cigalas me acuerdo de Espejo. Comía aquella cigala como Carpanta se comía el pollo. Con parsimonia, con entrega, casi una liturgia. Por lo menos así lo recuerdo. Papá venía a vernos los sábados por la mañana, y éste era un día especial, porque recuerdo que a la salida del colegio (en aquella época había colegio los sábados por la mañana) nos llevaba a un bar próximo al colegio donde tomábamos vermut, y luego comía en casa, casi siempre patatas con bacalao, y se echaba un poco la siesta, momento sagrado en el que no había que hacer ni un ruido. Luego se encerraba con mamá en el cuarto de baño para ducharse, y se iba a media tarde. Es difícil de creer que papá nos llevara a tomar vermut, yo tendría cuatro o cinco años, de modo que éste bien puede ser uno de esos recuerdos posteriores que se intercalan en la memoria, pero es que recuerdo perfectamente el sabor del vermut, y el de la aceituna y la anchoa que ponían de aperitivo. O puede ser que papá nos diera a probar de su vermut. El caso es que por todas esas razones, por el vermut, por la paga y porque venía papá por la mañana y se quedaba casi todo el día, el sábado era nuestro día preferido, más que el domingo, un día muy especial. **La canción del alamo** El Alamo era una película muy triste en la que morían todos los buenos, con John Wayne a la cabeza. Con el paso del tiempo los conceptos de bueno y malo se hacen muy relativos, y parece ser que, a juzgar por la historia real, llamar buenos a los que defendieron El fuerte Álamo era mucho llamar, pero el caso es que John Wayne y los americanos siempre fueron de los buenos, y en el alamo además el pobre estaba inválido cuando le acorralaron y le mataron, no recuerdo si fueron los indios o los mexicanos. Era una película muy triste porque tenía un final terrible, yo lo pasé muy mal viendo morir a John Wayne y a Richard Widmark las veces que les vi morir, porque entonces el cine era de sesión continua y veíamos las películas dos y hasta tres veces en el mismo día. Y además El Alamo no solo era una película triste sino que tenía una canción muy triste, preciosa, muy bella pero muy triste, la recuerdo dulce y azul, seguramente porque saldría de noche en la película, tal vez alguna fogata al raso, con el cielo azul de las estrellas iluminando la noche antes de la carnicería. La canción del alamo, lo será lo será... La versión española de la canción obligaba por razones del ritmo a quitar la esdrújula del álamo, así que para mí siempre ha sido la canción del alamo. Todavía me gusta, pero en aquella época mucho más, y cada vez que la escuchaba era como revivir el pequeño duelo interior por la muerte sobre todo de John Wayne, que me daba mucha pena porque no podía moverse, le habían disparado en la pierna o algo y el pobre se defendía como podía, ya se vio que sin mucho éxito, ante los malos que le acabarían acibillando. De pequeño me daba mucha pena que se murieran o mataran a las personas que llevaban corbata o iban bien trajeados, no sé la razón, yo pensaba, pobrecillo, con la ilusión con la que se ha vestido, y va y se muere o le matan. John Wayne no solo era el héroe con mayúsculas, sino que llevaba siempre un pañuelo al cuello, razón por la que me daba mucha más pena todavía. Con pañuelo, cojeando, y el héroe, y al final muere en el alamo, qué palo. Muchos años después también moría Charlton Heston en Kartum, y otro palo, pero John Wayne en el alamo fue el primero y el más sentido. Una película con final desagradable, pero una canción preciosa, mi primera balada, mi primer encuentro con la muerte, mi primera sensación de agrisulce tristeza asociando el cielo azul punteado de estrellas a la preciosa canción del alamo, sabiendo que mis héroes después van a morir. Debajo de mi casa había un cine, el cine Aragón, y desde la terraza o en el raro silencio de la sobremesa a veces se escuchaban las películas. No los diálogos enteros, pero sí las explosiones, los gritos de los indios y a veces las canciones. En aquella época había muchas películas de indios, de romanos y de guerras. El puente sobre el río Kway y sus famosos silbiditos. A un militar ya entrado en años y con mucha autoridad le pegaban una bofetada, y además le metían en una caseta mínima, una caseta de perro. Aquello era muy fuerte para un niño algo timorato como yo, y eso me impresionó muchísimo, y por eso la canción de los silbiditos me marcó durante mucho tiempo y aún la recuerdo como una de las más queridas de mi primera infancia, yo tendría unos cuatro o cinco años, aunque como era una canción marchosa y alegre se hacía llevadera y se tataba con gusto, no como la del alamo, que era a la vez triste y preciosa y me gustaba escucharla pero me sumergía en una especie de nostalgia por tantos buenos como morían después, a la mañana siguiente. Luego supe que la canción del alamo se llamó aquí las

hojas verdes, y que la versionó mucha gente, desde José Guardiola hasta el Dúo Dinámico, y también supe que no decían “la canción del alamo”, sino “la canción del verano”. Qué cosas. Pero qué triste y qué bonita. A veces la pelota se nos caía por el tejado del cine y, para recuperarla, había que bajar al piso inmediatamente de abajo, que daba directamente a la cabina de proyección. Cuando pasábamos camino al tejadillo en pos de la pelotita veíamos fugazmente el proyector, y la película allí se escuchaba perfectamente, como si estuviéramos en el interior del cine. Eso de alguna manera nos parecía un chollo tremendo, aunque solo fuera escuchar la película unos segundos. Era casi como verla gratis. Nuestros amiguitos alucinaban cuando se lo contábamos, y también lo de tener el cine debajo de casa era para ellos un chollo mayúsculo, como si ello nos diera derecho a pasar gratis. La verdad es que pagábamos siempre, pero íbamos muy a menudo, porque mamá era amiga de la heladera del cine, que tenía el puesto dentro del cine pero con vistas a la calle, y tal vez gracias a ello vimos mucho cine de pequeño. “Los cañones de Navarone”, otra música inolvidable. “El cebo”, una película terrorífica que a Toñín le provocó muchas pesadillas. Mataban a una niña y era una película muy bien hecha, porque hace poco la vi por curiosidad a ver cómo era aquello que tan terrorífico le resultaba a Toñín, y reconozco que estaba francamente bien, blanco y negro, muchos claroscuros, aunque no era de miedo sino solo un poco escabrosa, y no tiene banda sonora o por lo menos ninguna que me impactara. Era para mayores de dieciocho años, pero como éramos los vecinos de arriba nos dejaron pasar, para desgracia de mi hermano, que pasó una larga temporada de pesadillas, y de mamá, que tuvo muchos remordimientos por ello. De todas las canciones o bandas sonoras de aquellas películas que veíamos en el cine Aragón, el cine de debajo de mi casa, posiblemente la que más recuerde sea la sintonía del No-Do. El No-Do era un tostón, un noticiario blando y animoso donde todo eran buenas noticias y siempre salía Franco haciendo algo, inaugurando un pantano o cazando o pescando o recibiendo a alguien en audiencia. El No-do era un noticiario obligatorio, y a pesar del buen rollo que se esforzaba por transmitir donde todo era simpático y amable, y de que de vez en cuando salía un resumen del partido del Real Madrid, era un coñazo insufrible que parecía no se acababa nunca. El soniquete del No-do era la confirmación de que nos esperaban cinco o diez minutos de supino aburrimiento. A veces yo lo confundía con el himno nacional, que se le daba un aire en lo marcial y pomposo. No había sesión de cine sin no-do, de modo que la canción era sempiterna y su musiquita presidió todo el cine de mi infancia, aunque ahora la recuerdo con nostalgia. Había otros cines en mi barrio, a los que íbamos de vez en cuando, el Lepanto, el Mundial, el cine Las Vegas, el Texas, el Voz, el Canciller, el San Remo, el Iberia, al que nunca entrábamos porque una vez nos llevó papá con la película empezada y, cuando se encendieron las luces, vio con espanto que estaba todo lleno de gitanos, como decía mamá con cierto repelús cada vez que lo contaba, y nos salimos en seguida. Todos estos cines estaban en el barrio a no más de diez minutos andando, pero el más frecuentado era obviamente el nuestro, el cine Aragón. Tengo el recuerdo de mamar en ese cine, la teta de mamá la recuerdo mucho, y también el de los bombones helados que de vez en cuando tomábamos en el descanso entre películas. Debía ser muy barato el cine y el helado, porque podíamos permitirnoslo a pesar de que “la semana” que le daba papá a mamá los sábados era más bien escasa, según se lamentaba ella. A veces salíamos de los cines de barrio y nos íbamos como unos señores a los cines de la Gran Vía, los cines de lujo, los de estreno. Aquello era un acontecimiento. Todos eran palacios, el Palacio de la Música, el Palacio de la Prensa, el Rialto.; Recuerdo que una vez mamá nos llevó al cine Albéniz, que presumía de “cinerama”, algo puntero y novedoso relacionado con la pantalla muy grande. Subimos al entresuelo, que ya de por sí no me gustaba por la altura, y al narrador de la película o el documental previo, sobre unas imágenes sobrevolando algún sitio, no se le ocurrió otra cosa que decir: “sobrevolamos tal sitio, sobrevolamos tal otro...” Recuerdo perfectamente que me puse a llorar presa del pánico y del vértigo, y tan mayúsculo fue mi berrinche que tuvimos que salirnos del cine. Antes había sonado el Aleluya, otro momento musical apoteósico de mi infancia. Años después en ese mismo cine vi “2001 una odisea del espacio”, otro viaje apoteósico para mí, aunque ahora ya no lloré sino que aluciné, pero eso fue más adelante. De momento seguimos en mi barrio, en los cines de sesión continua, con el No-Do precediendo como con derecho de pernada sobre todas las películas. Los cañones de Navarone, el Puente sobre el río Kwai, La

Conquista del Oeste, con su colección de cromos, la Quimera del Oro, de Charlot, lo que me pude reír cuando se comía los clavos y separaba con los cubiertos y exquisito cuidado la suela de la bota, los festivales de Tom y Jerry y del Pájaro Loco en el cine Rex de la Gran Vía, en sesiones matutinas, qué alegría cuando acababa un episodio y con miedo a que con él hubiera acabado ya la película, y de pronto... ¡otra vez la cancioncilla que anunciaba otro cuentecillo más! Tom y Jerry y el Pájaro Loco saludando con gran sonrisa desde la orla y prometiendo una nueva andanada de golpes, risas y persecuciones. Y mucho Disney: La Cenicienta, Bambi, que llantina cuando mataron a su mamá, Pinocho en el cine Benlliure, que tenía unas caras pintadas en el techo que me daban miedo, sobre todo ciertas caras grotescas que luego supe que eran las de los hermanos Marx; La Bella Durmiente, otra preciosa canción, *eres tú el príncipe azul que yo soñé*, luego supe que era de Tchaikovsky, pero para mí entonces todo el mérito era de Walt Disney, un portento al que reverenciaba por lo bien y lo rápido que dibujaba (yo pensaba que los dibujos los hacía él solito, no es extraño que me pareciera un semidios). Y Fantasía, qué prodigio, con el Aprendiz de Brujo, Cascanueces, pero sobre todo, Una noche en el Monte Pelado, de Musorski, con el Diablo surgiendo de las tinieblas y metiendo caña y el miedo en el cuerpo de los niños desde su Monte Pelado. Papá nos compró después el disco y lo escuché muchas veces. Desde entonces es una de mis clásicas favoritas. *"Y ese paseo tan churripiteo que hay en Pérgamo"*. No sé de quién es esa canción ni dónde la escuché. Tal vez de alguna zarzuela. Tampoco sé muy bien si decía Pérgamo o Bénjamo. Pero es un soniquete con cuerpo, de los que recuerdo con misterio. Mamá lo cantaba mucho, supongo que en su momento estuvo de moda. Como también un soniquete de la radio que decía Hiiiiitas, Hiiiiitas, Hiiiiitas, Hiiiiitas, creo que era un anuncio. O el baile de los caballitos que asocio a los caballitos de la verbena, qué atractivos esos caballos elegantes que subían y bajaban con majestuosidad, qué festival de colores, qué emoción montarse en ellos. Monté muy pocas veces, pero los caballitos eran lo mejor de las verbenas, mejor incluso que la escopeta de perdigones, que al placer del disparo se sumaba el premio de las bolas de anís, o el vaivén del gusano loco, muy espectacular pero que a mí no me gustaba nada, por el vértigo. Sin duda los caballitos. Y la música que asocio al carrusel: Tirirorarii toriroriararii toriroriro tarirotariiii,,. Está clarísimo. **Luna de miel** Mamá cantaba mucho cuando se ponía a hacer la casa, de modo que los cuplés y la zarzamora y pichi yo lo asocio a casa levantada, a ventanas abiertas y ropa colgada en los tendederos de la terraza, a trajín de limpieza y bayetas, a niños molestando por todos los sitios, y ahora allí quietos para no pisar lo fregado, de modo que toda aquella música no me gustaba nada porque lo asociaba al trajín y al no poder moverse por la casa ni jugar. Sin embargo, hay dos canciones de aquella época de casa levantada y madre cantando a voz en grito que recuerdo con mucha nostalgia, y que además eran muy buenas, según he podido reconocer mucho después, cuando las he escuchado con la serenidad del adulto y el poso del mucho tiempo pasado: Luna de miel, de Gloria Laso: "Nunca sabré como tu alma ha encendido mi noche, nunca sabré en qué viento llegó hasta mí este querer..." Qué canción más bonita y qué letra más complicada. Siempre la escucho con nostalgia pero es ahora cuando me gusta y no de pequeño, porque entonces formaba parte de ese batallón de cuplés y boleros de los que mi mamá se pertrechaba cuando hacía zafarrancho y para mí eran sinónimos de ruidos, casa levantada y niños sin jugar o a jugar a la terraza. Y otra canción que rescato ahora de aquél trajín es **Mirando al mar**, qué nostalgia, que compases, qué delicadeza de canción. Si la letra de luna de miel era complicada, ésta de mirando al mar era más propia de un académico de la lengua: *bajo el palio sonrosado de la luz crepuscular, cuando el cielo va perdiendo su color quedo a solas con las olas espumosas que me mandan su rumor*. Por alguna razón está canción no va asociada al zafarrancho matutino. Es una balada y por tanto poco acorde a los trajines de una madre en plena agitación doméstica. Es más para la tarde, cuando mamá ya había hecho la colada y la casa y la comida y las camas y se quedaba tranquila sentada a coser y escuchar la radio, el concurso o la radionovela. *Mirando al mar soñé que estabas junto a mí, mirando al mar yo no sé qué sentí que acordándome de ti lloré*. Qué nostalgia. Jorge Sepúlveda miraría al mar y lloraría, pero yo miraba al atardecer ese cementerio y esos cipreses que a su modo harían de barquitos en mi ingenuo corazón de niño. Entonces no me gustaba mirando al mar, tampoco me daba tristeza, en todo caso me sumergía en el aburrimiento y la calma chicha de la tarde cuando la casa y mamá estaban calmadas y oscurecía.



La nostalgia la tengo ahora. Luna de miel y Mirando al mar, dos canciones que rescato de aquella tropa de cuplés y boleros inherentes al zafarrancho de las mañanas, *relaj no marques las horas, pichi es el chulo que castiga, qué tiene la zarzamora que a todas horas llora que llora por los rincones, y unos decían que sí, y otros decían que no y para más que decir la parrala así cantó, y el vino en un barco, de nombre extranjero, a la lima y al limón tú no tienes quien te quiera....* Todo eso lo cantaba mamá con una alegría juvenil. Cómo le gustaba a mamá su casa y sus hijos.

---

Fui un niño más o menos normal. Bobalico y feliz, bastante mimado, pero no hay en mi infancia nada especial que precisara ser contado. Entonces, ¿Por qué escribir sobre ella? ¿Por qué tendría nadie algo interesante en conocerla? Cada uno tiene sus propios recuerdos, sus primeras emociones, sus primeras veces. No creo que nadie esté muy interesado por las cosas, salvo, tal vez, los allegados, o sea vosotros, de igual manera que me sería bastante tostado leer la infancia de nadie salvo la de estos mismos allegados, o la de alguien ajeno y excepcional, del que tuviera curiosidad en saber cómo era ese niño que llegó a ser excepcional, si él lo quisiera contar. Así que escribo mis recuerdos porque me gusta escribir y me gusta recordar, pero tal vez tenga menos sentido que les dé formato libro y pretenda que alguien se interese por ellas y dedique algunas horas a conocer de las andanzas de un niño bobalico y feliz cuyas hazañas, ni de pequeño ni de grande, pasarán nunca a los libros de historia. Pero luego pensé en mamá, y decidí que este podría ser mi pequeño homenaje a quien tanto nos quiso. Al menos de esta forma unos pocos de mis íntimos y alguno menos de los suyos sabrán algo de lo que hizo y de lo que fue esta, a su manera, excepcional persona. Tendría tan pequeña familia que, si no es por esta breve contribución, su recuerdo se perdería para siempre, y aún así es probable que también ocurra, de tan corto recorrido que supongo acabaré tendiendo este relato. Pero será suficiente con que tenga algunos lectores, pues al menos esa débil llamita estará encendida en algún sitio.

Así que estas páginas no son otra cosa que el álbum de fotos que enseñé a ese familiar o amigo un poco pelmazo, no para sorprender ni interesar (con frecuencia ocurre todo lo contrario) sino con la simple intención de mostrar en un fugaz momento un instante de su vida, nada especial que hubiera de llegar más lejos que la mesita del salón donde se hojean. Son los recuerdos de mi infancia, mucho para mí, pero simplemente eso. He querido contarlos tal y como salen de la mente del niño que los trae, sin influencias literarias ni pretensiones narrativas, como las de un niño que de viva voz cuenta atropelladamente lo que le acaba de suceder. Y seguro que mucho de lo que cuenta no sucedió así; realmente, sino que la memoria con el tiempo lo habrá retocado a su manera. Pero al menos sé que es tal y como lo recuerdo.

Esto es lo que recuerdo de mi infancia. Seguro que se parece en bastantes cosas a la vuestra. ¿Por qué iba a ser de otro modo? A lo mejor con esto os animo a que recordéis sobre la vuestra y me la hagáis llegar. Es una experiencia muy grata. A veces duele un poco, pero creo que vale la pena. □

---

## Relevant Books

---

[ [DOWNLOAD](#) ] - The essence of self-inquiry Part 2. (Self-inquiry. Book 1) epub online

---

[ [DOWNLOAD](#) ] - Download Dog of St. Bernard and Other Stories

---

[ [DOWNLOAD](#) ] - Buy Book Internet Marketing For Newbies

---

[ [DOWNLOAD](#) ] - Book Painting Peace: Art in a Time of Global Crisis epub, pdf

---

[ [DOWNLOAD](#) ] - Download book A WHITE LADY DISCOVERS BLACK PLEASURE

---